

RETRATO DE
UNA CHICA
DESCONOCIDA

ALEKSANDR
SKOROBOGATOV

RETRATO DE
UNA CHICA
DESCONOCIDA

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves



A la memoria de mi hijo Vladímir (1987-2002)

PRIMERA PARTE

Resulta extraño contar los años transcurridos desde ese día: me salen muchos, no me lo esperaba; pero no me he equivocado: la cuenta, aunque grande, es correcta.

Yo tenía trece años, abril justo acababa de pasar el ecuador (recuerdo la fecha). Cuando pienso en todo aquello lejano, infantil, primaveral, irrecuperable e irreversible, me pregunto: si por algún milagro, desafiando las leyes del transcurso del tiempo, del nacimiento y de la sucesión de los acontecimientos, de pronto se me hubieran revelado las consecuencias de mi encuentro con ella, ¿cómo me habría comportado? ¿Habría decidido evitarlo, alterar el posterior camino de la vida, liberarme y liberar a los demás de todo lo innecesario, de lo penoso y terrible, así, sin más, que trajo consigo este encuentro, que durante mucho tiempo parecía haber sido dicha y que, desgraciadamente, condicionó para siempre no solo mi vida?

Quizá, por qué no, es muy probable e incluso casi seguro; solo que las consecuencias no me fueron reveladas, el tiempo no retrocedió, los acontecimientos nacieron y se sucedieron conforme a las leyes de la mecánica celeste, parca en milagros y en circunstancias bastante más dramáticas.

Bajo el suave brillo del sol al caer la tarde, con paso ligero, con la cabeza inclinada, cruzaba en diagonal el parquecillo entre las casas: así la vi por primera vez, llegada unos días antes a nuestra calle y, para mí, todavía sin nombre; unas horas más tarde, junto a nuestro portal se organizó un juego, uno de esos

al que nosotros, los niños de ayer, ya no era apropiado que jugáramos, pero el poco inventivo destino, cierto que poco malo al mismo tiempo, no conocía otra forma de presentarnos.

Hoy ya no recuerdo en qué consistía el sentido del juego y con qué fin a una pareja de jugadores le tocaba marcharse al portal situado junto a los bancos en los que estábamos; a inventar, creo, preguntas para los demás. Sin embargo, todavía hoy no solo recuerdo, sino que siento la dulzura lastimera que me oprimió el corazón y me cortó la respiración cuando sus manos, siguiendo las reglas del juego, rozaron las mías: ella me eligió y yo tenía que irme con ella. Regresamos enseguida, pero esto solo sucedió la primera vez; la segunda vez que acabé con ella en el portal, me olvidé no solo de que había un juego en marcha y de que nos estaban esperando.

En una rodilla, la costra marrón de una herida casi cicatrizada, por la que, ensimismada, pasaba los dedos con suavidad; y no consigo comprender por qué me alteraba tanto esa herida, por qué me costaba tanto apartar la mirada de ella, de la rodilla arañada alrededor y de los dedos que planeaban por ella, y por qué me atraía tanto rozar esa herida con los labios, sentir en los labios la ternura cálida de su piel, atrapar esos dedos... Pero todo esto era terrible, inconcebible, imposible y nunca sucedería, nunca me decidiría a nada parecido, las fuerzas no me llegaban siquiera para acercarme medio paso; iba a ofenderla para siempre, iba a darle asco siempre, ahora ella se iría y no solo no iba a quedar conmigo, sino que hasta le daría asco pensar en mí y, en cualquier caso, a mí se me rompería el corazón: bien cuando yo la tocara, bien cuando ella se marchara.

Salimos a la calle en la más completa oscuridad (los demás se habían marchado, no habían esperado a que regresáramos), después de haber pasado en el portal toda la larga tarde,

hablando de lo que se suele hablar cuando todo lo que importa era la herida que le había dejado una caída durante algún juego infantil, el contorno de unos labios finos, un suspiro breve, el pecho ligeramente elevado, la voz baja, la mirada de los ojos oscuros, y sin ningún interés por lo que ocurría en un mundo ajeno, ahora ya ni presente ni necesario.

A la mañana siguiente hubo clases y, después, sin pasarme por casa, me fui a verla. Era un día muy brillante, de un sol penetrante, y esto no es un juego de la memoria de plastilina empeñándose en izar sobre cualquier día feliz del pasado lejano un sol de contrabando, tan luminoso y ajeno a nuestras latitudes, cuyo carácter de extranjero es evidente sin necesidad de comprobar la etiqueta donde se indica el país de fabricación. Yo llamé y ella abrió. No sé por qué, se sorprendió de que yo hubiera ido a su casa cuando solo nos conocíamos desde el día anterior. Y yo me sorprendí de que ella hubiera podido cambiar en un solo día, ser más guapa todavía y, aunque se me seguía cortando la respiración por la emoción entusiasta, ya era tan cercana para mí como si nos conociéramos desde hace años. Salió a la escalera y subió un par de escalones, quedando por encima de mí de manera que la luz del sol de la ventana del portal le caía en la espalda, y su pelo dorado se encendió como si tuviera oro vivo irradiándole alrededor de la cabeza, cayéndole sobre los hombros, derramándose por la espalda. Todo esto lo recuerdo como si fuera ahora: la emoción, la alegría, todo el brillo del sol que me deslumbró por muchos años; era un tiempo en que la vida te ofrecía un regalo tras otro, sin exigir nada de nada a cambio, o eso parecía.

Muy pronto, en unos cuantos días, estaba tan dominado y atrapado por nuestro amor que el resto de los sucesos de mi infancia tardía pasaron a otra dimensión, a una muchísimo

menos importante: existían, yo incluso participaba en ellos, y un observador más atento, uno muy perspicaz y experimentado, no habría podido diferenciarme entre una serie de coetáneos y situarme en otro mundo por los indicios de mi vida; sin embargo, para mí sí era así: me volví ajeno a todos, y todo se me volvió innecesario, todo, excepto ella. Y a ninguno de mis amigos se le habría pasado por la cabeza la rapidez con la que cruzamos todos los límites posibles, todas las barreras protectoras y las construcciones defensivas levantadas por el comité unificado de tutores del destino en el camino de nuestro temprano amor y demasiado impetuoso, con qué rapidez se volvió completamente adulto, con qué rapidez nos acercamos de una manera que pocas veces se da entre las personas o, más bien, no se da nunca, pensaba yo; pero esta no fue mi única equivocación.

El sol vespertino descendía por detrás de las casas y, por detrás de estas, salía un camino que debías cruzar para entrar en una pequeña calle franqueada por jardines en flor e ir hacia unos estanques apartados que solíamos frecuentar en los primeros tiempos; la dirección como tal no interesaba, atraía lo desdoblado, que prometía tanta felicidad por estar tan cerca de ella entre los modestos paisajes de nuestra tierra; la comunicación en el descansillo de la escalera casi no tenía limitación temporal; al principio, se me permitía estar en su casa incluso en ausencia de sus padres.

Apurábamos los paseos en tres direcciones: el bosque, hasta el que había que andar unos diez minutos, era un bosque de verdad, con todos sus atributos forestales; los estanques cita-

dos y, en el camino hasta ellos, los paisajes de carácter industrial —factorías y fábricas, curiosamente numerosas en estos parajes—, y, claro, la cara oculta de nuestro barrio, de una sola planta, que había conservado sus rasgos aldeanos originales, pobre y sombría en todos los sentidos; su frontera de conveniencia era el colegio en el que yo estudiaba.

Al principio podía estar sin Katia unos pocos días seguidos y, a veces, incluso más tiempo —por ejemplo, cuando ese primer verano la enviaron de campamento, yo no me morí ni me volví loco (como seguro que habría ocurrido un año después), sino que sobreviví y me aguanté, aunque me consumía la idea de que ella pudiera fijarse en otro en el campamento—; sin embargo, muy pronto, en nuestro primer otoño, ya me era imprescindible verla a diario y, si era posible, incluso más.

Su regreso del campamento coincidió con la angustiada perspectiva del inicio de las clases en el colegio. Por la disposición de mi carácter (un tiempo antes, poco después de la primera infancia, soñaba con ser indio) y por la moda de entonces de llevar el pelo largo, me hicieron cortarme el pelo: la gruñona idiota de la jefa de estudios ya había venido varias veces a clase para regañarme, me mandaban al despacho del director, llamaban a mi madre... Un trajín huero de seres sin sentimientos, desprovistos de fantasía, de humor, de independencia y de la capacidad de comprender al prójimo, aunque este prójimo fueran los alumnos condenados a diez años de estudios en una escuela de enseñanza general.

Puse rumbo a una peluquería donde trabajaba una chica diestra en darle al pelo una apariencia de largura aceptable para

la escuela, pero sin cortarlo demasiado: el cabello corto era para alumnos modelo (en vano, el régimen escolar no contemplaba la libertad anticipada por buen comportamiento) o afectaban a gente digamos que simplemente deficiente, a la que la naturaleza le ha privado del sentimiento de lo bello.

En la peluquería me esperaba una desilusión: la chica buena no estaba, su lugar lo ocupaba una peluquera profana que no tenían ningún interés por mis opiniones sobre la largura admisible del pelo. En un minuto me lo había cortado tanto que, escrutando con los ojos medio ciegos en el espejo y, después de la peluquería, en el reflejo de los escaparates, no me distinguía ni un pelo en la cabeza; se percibían palpando, pero eran extraordinariamente cortos. Un monstruo calvo caminaba por la ciudad en dirección a su casa, y seguro que Katia rondaba con sus amigas cerca del portal. No cogí el bus, regresé andando. En media hora el largo del pelo no iba a cambiar sustancialmente, no contaba con eso: por pura desesperación, solo pensaba en cómo evitar el encuentro. En fin, después de doblar el rasca-cielos de nueve plantas, del color del aburrimiento y de la grisura, entraría en nuestro barrio, dejando su cara oculta a mano izquierda. Ahí estaba, ya había pasado la escuela. Y me fui colando por los jardines hasta el portal. Y sucedió: se oía su voz delante, no podía continuar mi camino, aparecer ante ella con ese aspecto tan vergonzoso. Prácticamente hasta que oscureció, me dediqué a dar vueltas por las monótonas calles del barrio, eligiendo las más apartadas y desiertas. Y solo después de estar seguro de que Katia se había ido, eché a correr hasta el portal... para, espantado, verla en un banco: se había quedado a esperarme sola, qué conmovedor. Saludándola apenas, girando apenas la cabeza mutilada, salí pitando al portal y salté por las escaleras hasta el tercer piso. Y si no rompí en sollozos después,

encerrado en el baño delante del espejo del armarito del baño, no fue por falta de desesperación. ¿Cuánto iba a tener que esconderme en casa, evitar el encuentro? ¿Un mes, dos? ¡Era casi media vida! En ese plazo, ella se habría olvidado de quién y qué era, de mi aspecto y hasta de cuál era mi nombre. Mi buena madre me consolaba como podía; sin embargo, sobre todo mi aspecto de perfil, que compuse con la ayuda de dos espejos, no daba lugar a ninguna esperanza: la más guapa de la escuela... ¡iba a dejar de quererme!

Pero ya al día siguiente, cuando me encontré con Katia a pesar de todas mis medidas de precaución, me quedé atónito por la hondura de su amor: decía que le gustaba así, que el insólito corte me favorecía y no sé qué más... Por la tarde, cuando regresábamos de un largo paseo por el bosque, mientras íbamos por un descampado invadido de hierbas desconocidas para mí y para la ciencia, que nos rociaban con un olor fuerte, agrio y muy agradable, ella ralentizó el paso y dijo que, con el nuevo peinado, de perfil estaba todavía mejor. Hubiera estado bien saber cuándo había hablado mi madre con ella o si de verdad había ocurrido lo imposible y no le daba reparo verme rapado hasta el encéfalo.

Después de acompañarla, me quedé hasta tarde charlando con unos amigos de clase, y cuando ya iba de regreso, me paré delante de las ventanas de su piso, ocultas de la calle por unos arbustos frondosos y altos; después de echar un vistazo alrededor, me metí en el jardincillo, conteniendo sin querer la respiración, como si estuviera haciendo algo delictivo y malo. Y entonces se encendió la luz en la ventana de su habitación. Katia, sin darse cuenta de que la ventana estaba tapada solo por unos visillos de tul, transparentes lo justo para que pudiera distinguir su sombra en el material ligero, se quitó por arriba el

suéter, y mi corazón se olvidó de latir: le había visto los pechos contorneados especialmente para mí con cariño, ternura y exactitud por los tonos suaves de su sombra sobre la tela semitransparente.

La luz se apagó.

El corazón empezó a latir de nuevo, una suave ráfaga de viento hizo que los arbustos susurraran y un gato pasó por debajo del balcón, lanzándome una mirada con los ojos vacíos y luminosos, para luego desaparecer sin hacer ruido por un agujero de la plataforma de hormigón de acceso al portal; en algún lugar sonó un portazo, continuó el vuelo interrumpido de un avión lejano, apenas audible, y la Tierra reanudó la rotación alrededor de su eje y de su estrella; en resumen, todo volvió a la vida mientras yo seguía allí parado entre los arbustos, junto a la ventana, con la esperanza de que la luz se encendiera de nuevo y su sombra cayera de nuevo sobre el visillo semitransparente, de que el destino me hiciera otro regalo, inmerecido pero deseado. La luz se encendió, pero ya habían corrido unas cortinas tupidas; esa noche ya no la vi más.

En una de esas noches igual de silenciosas y apacibles —puede que a una hora más tardía—, y para mí llenas de la alegría irrepetible del inicio del primer gran amor, sucedió algo cuyo espanto, incluso sin haber llegado a tocarme directamente, no han borrado los años. Detrás de la escuela, en el llamado «Fuerte», el escaso estadio escolar sin luces y desierto por las noches, limitado por un lado por un caballón de tierra bien alto con gradas de asientos rotos y, por el otro, por una valla de hierro, mataron a una chica de diecisiete años que vivía en

el portal de al lado y que recién acababa —justo ese verano— de terminar la escuela.

En mi memoria no se ha conservado ni su nombre ni los rasgos de su cara, todo lo que ha quedado es la sensación de una belleza aturdidora.

El caso es que, antes de conocer a Katia, nos juntaron en una de tantas burdas reuniones escolares (algo en honor de los futuros graduados, entre los que estaba ella), y recuerdo que estaba sentada dos filas detrás de mí con su vistoso uniforme de fiesta, que yo penaba por las ganas que tenía de mirarla, que me costaba obligarme a no girarme, mejor dicho, a no girarme mucho: sus amigas, y puede que ella también, se burlaban de mí, pero su belleza era tan grande y fuerte que yo la percibía de un modo casi físico, y simplemente no tenía fuerzas para obligarme a no mirar.

Y, entonces, al llegar a la escuela una luminosa mañana de septiembre, oigo que han matado a alguien en el Fuerte. El estadio estaba acordonado, no dejaban acercarse a nadie; pero cuanto más severa era la prohibición, más poderoso era el deseo de saltársela. En el caballón había policías, también en el lateral de la escuela, andaban por doquier con perros, pero nos colamos por entre los arbustos de hojas doradas hasta donde el caballón descendía y empezaba el vallado con un agujero en la malla metálica; por él nos colamos en el estadio, lo atravesamos corriendo hasta el borde del terraplén, desde donde se divisaban las filas de bancos. Junto a uno de ellos había unas cuantas personas; otras andaban por la pendiente, por el senderrillo a lo largo del campo de fútbol, por el caballón. Por eso no vi casi nada, las personas eran sombras difuminadas, los bancos se fundían con la hierba marchita y a ella, que yacía sobre un banco, tampoco la vi, claro. Y aun sin saber a quién habían

matado, estábamos tristes y nos sentíamos mal, y que estuviéramos allí espiando, escondidos a medio centenar de pasos de una persona asesinada, era bastante mezquino.

Las clases no empezaban, los profesores se reunían sin parar en el despacho del director, después alguien se recorrió todas las clases con un discurso evasivo que no significaba nada... y muy pronto, durante el recreo, todos decían que la muerta era ella, que la habían violado y le habían roto la cabeza con un adoquín.

A esa edad sigue viva la inconsciente e inquebrantable fe infantil en la justicia, en la inevitabilidad matemática de la punición, esa construcción simétrica y simple hasta ser perfecta e ideal, según la cual cualquier crimen, y en especial uno así, conlleva inevitablemente un castigo. Y mi mundo todavía era perfecto y simétrico, y supongo que por eso resultaba tan difícil resignarse ante un asesinato y, después, con que los días fueran pasando, los días se acumularan en semanas, las semanas formaran meses, pero, por alguna razón, el asesino no aparecía; de forma inexplicable, la punición no llegaba, al espantoso crimen no le sucedía un castigo capaz, si no de cancelar lo incancelable, al menos sí de apartar la clamorosa injusticia; en mi historia personal, esos días se convirtieron en el momento de la dolorosa despedida con la bella geometría existencial, en el paulatino desmoronamiento de la inconsciente fe infantil en la simetría de la justicia.

Todos los días esperaba que se atrapara al asesino, pero no pasaba. En un ataque de entusiasta heroísmo infantil, de ferviente deseo por completar una gesta heroica que me conmocionara hasta hacerme llorar —algo que se me hace extraño de recordar y un poco incómodo de confesar—, juré dar con el asesino. Y por las noches, con el perro atado en corto y una

navaja abierta, me recorría a oscuras el Fuerte, me escondía entre los arbustos, examinaba atento las sombras hasta que los ojos me dolían y solo veía chispitas, subía al caballón con la esperanza de que el asesino regresara (¿para qué?) al lugar del crimen, que cualquier asesino debía de tener algo como propio y que yo (¿de qué manera?) iba a reconocerlo y a atraparlo. El corazón me palpitaba, se me secaba la boca, el miedo era apenas mayor que la esperanza y lo que no habían conseguido otros, tampoco yo lo conseguí: el Fuerte estaba oscuro y desierto, y el hombre que de repente subió el caballón y salió rápidamente a mi encuentro resultó no ser el asesino, sino el pobre padre, que en dos semanas se había consumido y envejecido, atraído hasta allí por las mismas esperanzas sin sentido. Nos saludamos y nos fuimos cada uno por un lado («Ah, eres tú...», dijo en voz baja y decepcionado); los dientes me dolían de los nervios y me recorrió el cuerpo un escalofrío de tensión extrema ante el combate fallido con el asesino: el mecanismo simétrico no había funcionado, la justicia jugaba inoportunamente al escondite, y hoy sigo sintiendo la misma pena por aquella muchacha bonita y débil, y pensar en ella me duele igual que entonces.

Cuanto más tiempo pasaba, más uniforme se volvía el decorado sobre cuyo fondo transcurría nuestra vida común; de los lugares intranquilos donde nos molestaba la atención de un número demasiado grande de gente, nos íbamos donde pudiéramos encontrar la soledad, aunque fuera condicional: en los portales de nuestros bloques, donde nos pasábamos horas en alguna ventana hasta que ya no pudiéramos demorar más su vuelta a casa, porque a un retraso le sucedía un castigo: al día

siguiente obligarían a Katia a quedarse en casa y a mí no me dejarían verla. La felicidad de los portales era frágil, dependía del humor de cualquiera de los adultos poco amistosos que podían llegar y, sin más, echarnos a la calle. Ante cualquier aproximación de un adulto, se me oprimía el corazón mientras esperaba la humillación de turno; cuando teníamos suerte, y también cuando no.

Y esa tarde estábamos de nuevo en un portal, y era de nuevo la hora de que se fuera.

—Quédate —susurraba yo, y Katia me lanzaba suspiros impetuosos como respuesta—. Si, además, no están en casa...

—Le preguntarán a mi hermano a qué hora he llegado.

Pegó un dedo a mis labios, aguzando el oído. El chiquillo tonto y enérgico en exceso se escondía de nosotros en la oscuridad del portal. Saltándome escalones, corrí hasta él, lo amenacé, lo convencí con promesas absurdas, imposibles de cumplir aunque quisiera. El chiquillo aceptó esperar otros quince minutos.

Regresé con ella, sujeté sus dedos: aunque se me cortaba la respiración ante el simple roce de su mano, esa etapa hoy ya la había superado. Ella lo había permitido, y yo me decidí.

—¿Cuándo vuelven?

Ella nombró una hora de la que nos separaba un abismo infinito de segundos y minutos, de palabras, de susurros pronunciados, de roces, de la emocionante sensación de su cercanía.

—¡Todavía queda mucho! No te vayas —dije, aunque ella no se había ido a ningún sitio.

—Tengo que irme. Ya lo sabes...

Sí, yo sabía que sus padres descargaban en ella varias obligaciones de Cenicienta que ella cumplía con la obediencia de Cenicienta.

Rompió el silencio el timbre de un despertador. El chiquillo lo había puesto a los quince minutos y nos mostraba que el tiempo acordado había expirado.

—Lo mato —propuse, pero fue Katia quien bajó a verlo, y tuvo más o menos tanta suerte en el acuerdo como antes había tenido yo.

¿Qué llevaba puesto? ¿Alguna cazadora? ¿Un abrigo ligero? Yo iba soltando un botón tras otro, la emoción me impedía hablar. Ella no me paraba. Subió a la altura de la cara una mano, especialmente fina en la muñeca, donde había un reloj redondo y barato, con los filamentos negros de la aguja. Suspiró de nuevo. Me llamó por un nombre, el nombre con el que solo ella me llamaba.

—¡Es muy tarde! Miedo me da pensar lo que me va a pasar.

Abrí las faldas del abrigo ligero, coloqué las manos en su cintura. Katia dio medio paso torpe hacia mí, y hasta el último momento yo no me creía que fuera a decidirme a lo que soñaba y a lo que no había sido capaz de decidirme en toda la larga tarde y, antes de esa, muchas tardes similares: me incliné y, torpón, rocé con los labios helados la piel de sus mejillas.

Ella cerró los ojos.

Me miró otra vez. La acerqué más, abrazándola por debajo del abrigo. Ella inclinó la cabeza, defendiéndose débilmente del siguiente beso y, por eso, no encontré sus labios a la primera.

Y así pasamos toda esa tarde, y el principio de la noche, en la ventana, bajando de cuando en cuando a ver a su importuno hermano, regresando a toda prisa con el otro para que ella me rodeara el cuello con las manos, se inclinara un poco y, con los ojos cerrados, me acercara el rostro, cuyos finos rasgos lucían pálidos a la luz de las farolas que había junto al edificio y se reflejaban en el cristal de la ventana. Le besaba los labios, los

ojos cerrados, el pelo y el cuello, donde la piel era especialmente suave, también el inicio de los hombros... y no sabía que hubiera en el mundo una felicidad con una fuerza que desgarrara así el alma.

Incluso si ella no me hubiera regalado todo lo que se me regaló en el tiempo que duró nuestro amor, toda mi vida habría tenido que estarle agradecido por esas pocas horas que me entregó en el portal, en la ventana tras la que estaba el otoño, la noche, los árboles oscuros de ramas finas y desnudas que habían perdido las hojas, y ya nada podría detener el invierno aproximándose.

Le estoy agradecido no solo por la generosidad con la que me regaló todo lo que pudo, sino también por haberme arrastrado fuera de la tétrica esfera de los conocidos de la calle justo en el momento en que había empezado a sentir la oscura fuerza de su atracción.

Hubo sombrías asambleas e incursiones a los barrios vecinos, aclaraciones a cuenta de palabras dichas con poca habilidad o humillantes, a causa de una chica o a saber de quién o de qué; creo que no le daba especial importancia a formar parte de todo eso gracias a Katia. ¿Para qué me iba a ir yo a «sacudir a Gagarin» (el barrio más hostil y tan bruto como el nuestro), cuando por delante tenía la fascinante posibilidad de pasar por su casa y, si sus padres estaban de buen humor, hacer que saliera al portal, invitarla a la calle, dirigirnos al bosque, andar por las piedras junto al río tranquilo y turbio, sobre el que condensaba y jugueteaba curiosa una niebla fina, inconstante y móvil, como si estuviera formada de seres semitransparentes y fantasmagó-

ricos que vivían encima del agua negra en movimiento, y cuyos rasgos no eran posible distinguir por su constante juego?

El muro negro de la orilla escarpada pendía sobre nosotros, un pez saltó tranquilo fuera del agua, dejando tras de sí varios círculos que se dispersaron flotando suavemente corriente abajo; Katia pisó una piedra grande, negra por debajo del agua que la bañaba y grisácea por arriba, me acerqué para ayudarla a saltar a la arena; sus manos se apoyaron suavemente en las mías, y bajó a la orilla sin hacer ruido.

En el otro lado la orilla ascendía con mayor pendiente, y el bosque parecía más frondoso y negro: por detrás descendía el sol, y los últimos rayos vespertinos, al extinguirse, iluminaban las cimas de los pinos altos que nos quedaban por encima. A uno de los barrancos de la otra orilla, en su vertiente casi vertical, se había adherido una casita de troncos, cuyo perfil ya no podía distinguirse, solo se veía una lucecita débil y lejana en una ventana, titilaba como si fuera una vela ardiendo en una mano y el viento le soplara suavemente.

Después de saltar con habilidad a la tierra, rozó mis labios con los suyos, y echamos a andar. Mi perro correteaba a nuestro lado; se nos adelantó, después de casi empujarla con un leño enorme que cargaba en la boca larga y estrecha propia de los perros de su raza escocesa; se giró hacia nosotros y se apoyó en los codos de las patas delanteras, invitándonos a jugar. Lancé el palo a los arbustos que cubrían la pendiente de la orilla y, dando saltos enormes, el perro se arrojó a la oscuridad.

En su portal, apurando el límite máximo de la hora asignada para ese día, Katia se apoyó en la pared, la atraje y, al besarla, al respirar el emocionante olor de su pelo, particularmente fuerte después de los paseos por el bosque, sentí el giro vertiginoso de la tierra.

En realidad, no sé muy bien en torno a qué giraba la vida de mis coetáneos; cuanto más tiempo pasaba, más me alejaba de ellos, más me acercaba a Katia. Aunque algunos embates de la vida original y no reproducible en condiciones de laboratorio de una pequeña ciudad de provincias, situada en la mismísima frontera de un gran estado en el pasado, en el ocaso de los años setenta del siglo jubilar de nuestra era, algunos embates no solo existieron, sino que se me quedaron grabados en la memoria.

Por ejemplo, una mañana el barrio se estremeció por una noticia alarmante: un hombre terrible, apodado Skobasty ya no sé en base a qué particularidades de su personalidad,¹ que no había oído en la vida ni sobre la filosofía del existencialismo ni sobre la novela *La náusea*, pero que, de hecho, de una manera mística estaba ligado a todo esto universalmente histórico, se ahogó en su propio vómito después de colarse a dormir en los arbustos rosáceos de detrás de nuestra casa n.º 40.

Esta muerte, se mire como se mire, no era algo corriente; cierto que no se puede definir como grandiosa, pero la conciencia humana también se negaba a tildarla de cotidiana.

En vida, Skobasty fue un hombre alto, flacucho y, para mi sorpresa, antipático, al que no logro recordar sobrio, a pesar de su juventud. Cuando estudiaba en el último curso, Skobasty se peleó en la calle con uno de los adultos más bruto que vivían en mi campo de visión, y que parecía fuerte e invencible por su rabia constante e inagotable. Así que Skobasty ya en vida no solo no tenía miedo a ese hombre, no solo tenía valor para competir con él en la esfera verbal (por ejemplo, en respuesta a la orden de desocupar el banco que estaba debajo de la ventana de su cocina, lo mandaba a la mierda sin contemplaciones), sino que tampoco salía corriendo, algo que habría hecho en su lugar

¹ De *skoba*, 'grapa, abrazadera'. (Todas las notas son de la traductora)

cualquier hombre en su sano juicio, cuando el otro salía disparado a la calle dando gritos coléricos. No solo no salía corriendo, sino que, habiendo dejado la botella en la tierra, en el asfalto o en el banco, o habiéndosela pasado a algún amigo, de inmediato le daba un puñetazo en la cara, abriendo bien la boca, y sus insultos no eran peores, puede que incluso fueran mejores, que los que le salían a su contrincante. Cuando se cansaban, se iba cada uno por su lado: uno a casa, con sus atemorizados hijos; el otro, tambaleándose por el esfuerzo físico y por el vino fortalecido (el llamado oporto de dieciséis por ciento), con una sonrisa irritante y cínica en su rostro singularmente malo, dirigiendo a los amigos palabras amistosas, regresaba al banco y recuperaba la botella abandonada.

Era famoso por su habilidad rara y realmente circense de beber vino sin tragar: con la cabeza para atrás, abría muchísimo la boca, inclinaba por encima el cuello de la botella, que sujetaba con el fondo bien arriba, y en segundos, sin distraerse y sin hacer ni un solo movimiento de deglución, vertía en su interior el líquido, igual que si estuviera llenando con un embudo el depósito de gasolina, por poner un ejemplo.

Cuando partió a defender a la patria, entre lamentos completamente prehistóricos de un animal del periodo jurásico, anduvo por las estrechas calles asfaltadas todo a lo largo de los edificios donde vivíamos, sujetando la botella por el morro y molestando una y otra vez a todo el que se cruzara con él, insultando a unos de palabra y a otros, de obra. Pero, aun así, lucía el sol, pasó el invierno, la primavera tempranera por un tiempo cedió su turno al verano, todos íbamos en camiseta, con suéteres finos, aunque hacía nada que habíamos tenido nieve en las calles, el hielo seguía en el río y los niños jugaban al hockey, y ese mismo Skobasty, que había ocupado en la pista de hockey una posición

estratégica, que no sabía lo que era el cansancio, con toda su fuerza golpeaba y golpeaba un pesado disco contra el lateral de la pista de patinaje, intentando darle en los pies a la gente que patinaba. Cuando la noticia de la posición del descerebrado Skobasty se propagaba por la pista y el espacio entre el lateral y él se quedaba vacío, Skobasty se mezclaba discretamente con la gente, desaparecía de la vista para aparecer al cabo de dos o tres minutos en otro lateral y continuar con su pasatiempo.

Cuando regresó del ejército, de repente Skobasty decidió darse al trabajo, y se colocó como conductor de camiones. Me cuesta presuponer a qué se dedicaba durante la jornada laboral, pero por la tarde, después de tragarse a la manera circense tanto vino como le permitía la cavidad abdominal, se pegaba al volante y corría en su vehículo negro por las calles estrechas, para un solo camión, del barrio.

El problema era que las calles estaban llenas de niños; en cuanto se oía el estruendo y los chirridos del camión, echaban a correr en todas direcciones, sin embargo, existía la probabilidad de que algún desafortunado crío saliera corriendo justo bajo las ruedas del camión, al no ver a Skobasty ni el vehículo por culpa de los arbustos de las esquinas.

Una de esas tardes mi vecino, el padre soltero de una chica ya mayor que tocaba eternamente al piano algo tediosamente complicado, vio el camión que se aproximaba a toda velocidad y, como en una película heroica sobre personas intrépidas, salió al centro de la carretera y se paró, esperando el encuentro con el camión.

Por desgracia, yo estaba detrás y no veía su cara, y por eso no puedo reproducirla con exactitud. No sé qué expresaría: un miedo comprensible, pero oculto, o simplemente un miedo evidente, porque Skobasty no solo no redujo la velocidad, sino

que quedó claro que había pisado el acelerador, que había acelerado la marcha del peligroso vehículo, quizá había leído en la cara del otro una resolución inflexible o quizá había leído algo completamente diferente. ¿Pasarían, en esos segundos, por delante de su mirada mental vistosísimas imágenes de su pasado, propias, si hemos de creer a los literatos, de esos momentos clave, transitorios, de la vida de todo ser humano?

Me cuesta decir nada, porque yo ni me planteé esa cuestión: observaba con curiosidad la aproximación del camión al padre de la pianista e intentaba imaginar en qué momento saltaría para apartarse, dejando pasar al vehículo y, dentro de este, al descerebrado de Skobasty. El camión estaba a la altura de la casa vecina y en los siguientes segundos, según mis cálculos, el hombre debería salir de la carretera si quería regresar vivo al piso de dos estancias donde tocaba el piano su talentosa hija.

Solo que no se apartó, no lo hizo ese hombre intrépido. Para mi sorpresa, el camión frenó de repente y, aullando estrepitosamente, se quedó parado a un metro o dos del hombre vivo, es decir, sin derribar. Skobasty abrió la puerta y saltó amenazante del estribo... Pero este ya no era Skobasty: según pasaba los segundos, iba perdiendo sus rasgos, mientras que el hombre hablaba en un tono terrible de los niños que podía haber atropellado, le hacía reproches y lo avergonzaba y él, aunque replicaba, ya no sonaba convincente. Después, simplemente se subió al camión y se marchó.

Y entonces Skobasty se murió. Como era de esperar, vino la Policía y una ambulancia, pero ni una ni otra pudo ayudar al ahogado en vómito. De debajo de los arbustos el cuerpo fue llevado primero a la morgue y, después de la autopsia y del estudio anatomopatológico, lo trasladaron a casa. De casualidad, estaba en la calle mientras transportaban el ataúd con

el cuerpo y todo lo demás cerca de la casa en la que él vivía; me quedé estupefacto ante la cantidad de flores y el número de amigos que se habían reunido para acompañarlo en este último y más triste viaje de todos y cada uno.

Delante iban las chicas, y muchas lloraban. Por más que forzara la imaginación, no lograba representarme qué rasgos del difunto podían hacer que alguien derramara lágrimas, aunque comprendía que no lo había conocido de cerca: quizá los amigos sabían de él algo que podía despertar la compasión de una persona normal. Por otro lado, también podía estar desempeñando su papel la compasión habitual, sin fundamento ninguno, para la que las chicas suelen estar capacitadas.

¿Para qué me río de él, del difunto personaje de mi juventud?

La verdad, se me hacía raro ver el espléndido entierro, a todas esas chicas vestidas de blanco, llevando flores, ramos, coronas... Y, después, a los familiares llorosos, a su madre. Era un cabra loca, cierto, pero era el hijo de alguien y, además, quién sabe qué vueltas habría dado la vida. Porque había terminado la escuela, había hecho el servicio militar y trabajado en un camión. A saber...

Qué interesante, ¿tendría novia?

Mientras examinaba con atención a las chicas que desfilaban, no pude distinguir a ninguna de ellas como su favorita. Bueno, sí que había una que lloraba desconsolada: era su hermana.

Estudiábamos en escuelas diferentes. Cuando se mudaron a nuestro barrio, sus padres decidieron, no sé por qué, no cambiarla a la nuestra, que estaba a unos doscientos metros de casa, sino dejarla en la anterior.

Ese día Katia no había ido a clase; la tarde anterior se había sentido mal y por la mañana sus padres dejaron que se quedara en casa.

Sentada en el diván delante de mí, se desabrochó hasta abajo los botones de la blusa, yo la ayudé primero a retirarla de los hombros y, luego, a quitársela. Llevando las manos a la espalda con un movimiento torpe por la turbación, hizo lo que yo no me hubiera atrevido, y tampoco hubiera sabido: soltó el broche y sujetó las copas bordadas junto al pecho, intentado sonreír, aunque le faltaba poco para echarse a llorar. Y yo nunca había visto nada más sagrado para mí, algo que tensara y desgarrara el alma con más fuerza que sus hombros delgaditos, las franjas puntiagudas de sus clavículas, las manos finitas que le descansaban en las rodillas, y los pechos altos cuyos pezones miraban, como si se avergonzaran de sí mismos, en diferentes direcciones, y que ella me había revelado con tanto cariño, con tanta confianza y generosidad. Solo tiempo después encontré lo que podía compararse de verdad con su perfección: todo su joven cuerpo con toda su despiadada belleza, tan insoportable que, con el tiempo, supongo que uno podría perder el juicio, si ella y yo no hubiéramos encontrado la forma de aliviar ese tormento. De rodillas enfrente de ella, no conseguía saciar una sed nunca antes sentida: la sed de absorber por completo la belleza de lo que veía por primera vez en mi vida. Y cuanto más miraba, más me atormentaba la sed.

Siempre cerraba los ojos mientras la besaba, pero ahora observaba con cariñosa tristeza cómo apenas le rozaba con los labios la piel blanquecina bajo la que se veían los finos vasitos azules que portaban sangre roja.

Su belleza me hizo enfermar, la sed no me abandonaba. Todo lo que no tuviera relación directa con nuestro amor, con su belleza, manos, ojos, cabello, hombros, pechos, voz, risa, maneras de andar, suspiros breves, estremecerse de hombros y apartarse el pelo de la cara, todo dejó de interesarme, como si en el mundo solo existiera ella, sosteniendo y rellenando con su esencia vivificante mi ser, a la vez que todo lo demás, lo que no pertenecía directamente a ella, la llamada realidad, la vida ajena, se convirtió para mí en un fenómeno del estilo de los que creen ver quienes viajan por el desierto, con la diferencia de que estas visiones engañosas suelen ser deseadas; el espejismo de la vida que me rodeaba inquietaba poco a mi alma, completamente ocupada por Katia.

Cuando había supuesto que nuestros recientes, aunque interminables, besos en los portales oscuros causaban dolor, no sabía de qué hablaba. Porque cuando pasamos de los portales a casa, en las horas en que los padres estaban trabajando, nos torturamos con caricias sin fin ni solución, alcanzando un estado apenas soportable, apenas consciente, casi inconsciente.

Por supuesto, sabíamos de ese paso que todavía no habíamos dado. Sin embargo, cuando lo hiciéramos, cruzaríamos la última frontera y qué nos aguardaba detrás ya no lo sabíamos ni ella ni yo.

Después vino la tarde en que escribimos y firmamos un conmovedor papel en el que nos prometimos ser marido y mujer, ser por siempre fieles y otras cosas así. El texto al completo respondía a nuestra desesperada situación y a nuestra edad juvenil, reflejaba con muchísima claridad el amor, el deseo, la emoción y el miedo. Ella lloraba mientras firmábamos el papel. Después dijo, expresando toda la asombrosa inocencia de nuestros años:

—Ahora tú y yo somos marido y mujer.

Nos prometimos muchas cosas y cumplimos muchas cosas. La expectativa de una felicidad ignota y el miedo a desgracias ignotas se justificaron mucho más que lo que pudimos imaginarnos esa tarde, mientras firmábamos un papel que no significaba nada.